

Un acierto es que nunca se nos entrega una *receta*, sino un sistema para profundizar por cuenta propia en el arte dramático, a través de una sólida *teoría del arte*, que se trasluce constantemente justificando y revalidando todas las páginas del texto.

Como director, Wagner nos entrega valiosos ejemplos de su propio trabajo. Vemos la lucidez con que desmenuza su producción escénica de la *Judith*, de Hebbel, y aprendemos así el enorme grado de comprensión de un texto que el director debe tener, no sólo comprensión ética y estética, sino puramente formal, de los resortes ocultos que movieron al dramaturgo para conducir la mecánica de sus escenas.

Tras un informadísimo capítulo acerca de las versiones de *Hamlet*, viene la historia de la Dirección de Escena, y todo el proceso fascinante para montar una obra, empezando con la elección de la misma, llegando a la noche del estreno, pasando por el estudio minucioso de cada paso dado: lectura, ensayos, escenografía, luces, etc.

Con algo tan árido como puede ser la técnica de un arte, Wagner se ha ingeniado para obtener un libro ameno, fascinante, iluminador para el profano, indispensable para los que participen en el oficio: tanto el actor como el autor, como el director, o los aspirantes a tales, encontrarán conocimientos indispensables enunciados con sencillez, amenidad y valiosos ejemplos.

Las ilustraciones, a colores y en blanco y negro, merecen especial comentario. Tenemos desde una útil historia del traje, hasta fotografías de notables producciones escénicas. Hay escenografías en color, actores famosos, diseños técnicos, esquemas de movimiento e iluminación en televisión y en teatro. Comparando con textos especializados en otras lenguas, éste resulta casi único, por abarcar todos los temas, y muy superior, en cuanto a autoridad, a una gran cantidad de manuales que tratan parcialmente las mismas materias.

Es digno de mencionarse que la mayor parte de los ejemplos, de las ilustraciones y del material del libro, provienen de la experiencia teatral de México. Los nombres de Julio Prieto, López Mancera, Gunther Gerzso, Carlos Mérida, Diego Rivera, Silvestre Revueltas, aquí ocupan el sitio que merecen dentro de las artes escénicas del mundo.

*Emilio Carballido.*

RAMÓN XIRAU, *El péndulo y la espiral*. Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, Núm. 4. Xalapa, 1959. (146 páginas.)

Este nuevo estudio de Ramón Xirau abarca diversos aspectos de la filosofía de la historia —una de las ramas de la especulación filosófica

que más interesan al estudioso de hoy, y también al público culto en general— y lo hace en forma tal que pone de relieve en su desarrollo las características que han distinguido, hasta ahora, lo mejor de la obra de Xirau: la originalidad combinada con el rigor.

Es original la forma en que en breves páginas, al principio del libro, traza un esquema de la historia de la filosofía, impidiendo que ésta se convierta, como ocurre con demasiada frecuencia, en una masa informe de hechos y nombres, o, para utilizar la frase inglesa de Toynbee, en "*one damned thing after another*". Xirau señala una ordenación, una estructura, en la marcha general de esta historia de la filosofía; la ve dividida en tres "cimas" o "sumas" (Aristóteles, Santo Tomás, Hegel) cada una de las cuales supone un previo período de acarreo y preparación (la subida de la curva) y un período de desintegración del pensamiento unitario alcanzado en la cima.

Pero esta agrupación de hechos y tendencias en una especie de sístole y diástole del pensamiento filosófico (que es, a su vez, parte de la historia) no debe entenderse, señala Xirau, como un puro movimiento pendular. Como ha escrito Bergson, en cita que da al libro su título, "se ha hablado con frecuencia de las alternativas de flujo y reflujo que se observan en la historia. Toda acción prolongada en un sentido entrañaría una reacción en sentido contrario. Después, volvería a iniciarse y el péndulo oscilaría indefinidamente. Verdad es que en este caso el péndulo posee memoria y que no es el mismo a la vuelta que a la ida, puesto que se ha enriquecido con la experiencia intermedia. Por ello la imagen de un movimiento en espiral, que algunas veces ha sido evocada, sería más exacta que la de una oscilación pendular".

Para Xirau —y en ello estarían de acuerdo muchos otros historiadores de la filosofía, y no pocos filósofos de la historia— Hegel es el último titán, que busca y en parte consigue una complicada y rica organización de ideas y tendencias; estamos viviendo de la desintegración y diversificación de ese pensamiento. Se trata, pues, de estudiar las diversas corrientes (mejor dicho, algunas corrientes) que surgen en la filosofía de la historia a partir de Hegel. Y, más aún, de examinarlas para ver si en ellas se sugiere un movimiento pendular o un movimiento en espiral en cuanto a la evolución de la historia, del hombre y su cultura, y las relaciones entre el hombre y su ambiente. Pues estamos sumergidos todavía en el gran río (que llega en el siglo pasado a desbordarse en mil direcciones, imbricando, fertilizando tanto terreno) del historicismo, del evolucionismo. La historia existe; las sociedades cambian, cambia la conciencia que tiene el hombre de su ambiente. Por ello la filosofía de la historia han desempeñado y siguen desempeñando un papel tan impor-

tante en nuestra cultura: porque tratan de explicar los cambios, de buscar estructuras dentro de esos cambios, de darles un sentido.

Pero resulta —señala Xirau acertadamente— que el siglo XIX, tan historicista, y tan deseoso de ensalzar y afirmar la idea de progreso, nos ofrece filosofías de la historia que aun cuando en principio tratan de describir la evolución, el cambio, el "progreso" de la historia y del hombre, en realidad describen un proceso que puede interpretarse como "movimiento pendular" en tanto que opuesto a un "movimiento en espiral" (y es este último el que ofrece al hombre la más esperanzada de las visiones de la historia entendida como progreso, evolución, "profundización" del hombre). Si el hombre ha de "transformarse en sí mismo" y realizarse plenamente, la evolución y el progreso deben llevarse a cabo también en profundidad; las ideas bergsonianas de libertad, intuición, vida interior, aplicadas a la sociedad y a la historia en *Las dos fuentes de la moral y la religión*, ofrecen un nuevo tipo de filosofía de la historia en que se rompe la cárcel del movimiento pendular, y la exposición de esta tendencia forma el final del estudio de Xirau sobre las filosofías de la historia.

Los capítulos centrales, dedicados a las interpretaciones "pendulares" de Marx, Comte, y Spengler, son importantes y reveladores en más de un sentido. El capítulo sobre Comte, fino e irónico, está lleno de detalles poco conocidos del lector, incluso del lector culto y especializado en filosofía, y cada detalle es comentado con precisión y articulado adecuadamente con el conjunto. Para el lector mexicano (el influjo importantísimo del positivismo comtiano en México ha sido revelado a fondo, desde hace ya algunos años, por la obra de Zea) las páginas de Xirau sobre Comte no tienen desperdicio. El capítulo sobre Spengler es también excelente, con rasgos de humorismo y de ironía demoledora, y pone de relieve los inconvenientes de la aplicación mecánica a la historia de la idea de un ritmo único, determinado por las "cuatro estaciones" spenglerianas, que descienden sobre hechos e ideas para aprisionarlos como pesado corsé teutónico.

El más discutible —y según parece el que más discutido está siendo ya, y mayores resistencias ha provocado— es el capítulo consagrado a la filosofía de la historia de Marx. Es obvio que la importancia de las ideas de Marx no ha cesado de aumentar en los últimos decenios, y casi diríamos que parece aumentar de día en día. Los hombres de nuestro tiempo toman partido a favor o en contra de Marx en forma tan entusiasta o tan enconada que la atmósfera se enrarece y un juicio imparcial es cada día más difícil. Sin embargo, a la imparcialidad aspira Xirau, y en gran parte la alcanza. Al subrayar por una parte el carácter activista y moral de las

ideas de Marx, y señalar por otra parte las objeciones a sus teorías en el terreno puramente intelectual, diríamos que trata de explicar a la vez el tremendo influjo práctico de estas ideas en el terreno de la política, la sociedad y la historia, y las imperfecciones que estas ideas de la historia puedan contener. Xirau cita las críticas de Cole, Laski, H. G. Wells, Sartre, Tawney. Pudiera haber añadido las ya clásicas de Sombart o las novísimas de Lefèbvre. Añade, sin embargo: "Ello no quiere decir que las ideas que impulsan a Marx sean esencialmente falsas ni mucho menos que sean desechables, como quisieran algunos curanderos nostálgicos de nuestro tiempo". Pero entre la entrevista utopía futura —de la que cabe afirmar, y ello lo hacen los propios marxistas, que en todo caso no ha llegado todavía— y la apasionada protesta moral inicial, Xirau ve, en la evolución del pensamiento marxista, una creciente institucionalización, una creciente búsqueda del poder en sí, en que la abstracción y la "metafísica del progreso" impiden llegar plenamente a la ansiada meta: devolver al hombre su dignidad acabando con su enajenación, con su "cosificación".

Las páginas sobre Bergson son luminosas y en gran parte convincentes. Encaminadas a una revalorización del rector de la filosofía bergsoniana más descuidado en nuestros días, proceden de un hondo conocimiento, que ha ido cristalizando a lo largo de muchos años, de la obra del filósofo francés. El análisis de la actitud "abierta" y su combinación con la intuición y la vida interior señalan una vía de progreso no mecánico, no pendular ni circular, sino verdadero progreso humano, en la medida en que el hombre se realice a sí mismo, alejándose del mecanicismo instintivo de los insectos, y sin caer en una intelectualización unilateral y esterilizadora.

Pero, a diferencia de Marx, Bergson no fue hombre de acción, ni aspiraba a dar normas para cambiar la sociedad y la economía en forma directa y radical. Para entender el mundo caótico de hoy nos es preciso volver a la realidad cotidiana, a la acción y la confusión (el presente es siempre confuso, ha dicho Ortega) de nuestro tiempo. En otro capítulo —uno de los más interesantes— añade Xirau a su visión del pasado su análisis del presente. Demuestra no sólo "estar al corriente" de lo que pasa hoy en realidad en las grandes sociedades industrializadas, y también en el campo de las artes y las letras (es importante lo que dice sobre Camus, sobre Orwell, sobre Sartre, sobre el "hombre-organización"), sino además poder aprovechar estos conocimientos para llegar a conclusiones originales. Un capítulo de conclusión da las ideas finales de Xirau acerca de la historia concebida como experiencia abierta, a la vez alerta al presente y solicitada por una profunda experiencia religiosa que la enfoque hacia lo permanente: "Ni la historia ni la filosofía de la historia pueden concebirse como cotos cerrados, esquemáticos y simétricos. Porque la his-

toria, nuestra historia, es un progreso constante al encuentro del espíritu, un movimiento en espiral hacia el gozo que no excluye la melancolía, la esperanza que no excluye la desesperanza, la fe que no excluye la duda." En conjunto, pues, ha escrito Xirau un estudio admirable, que irritará sin duda a algunos lectores, y satisfará, en todo o en parte, a muchos más.

*Manuel Durán*

TOMÁS SEGOVIA, *Zamora bajo los astros*. Imprenta Universitaria. México, 1959. 112 pp.

A la muerte de Fernando I, el reino se divide entre sus hijos. Sancho, el más ambicioso, pronto pretende reintegrar los territorios paternos. Para ello, guerrea contra sus hermanos: a doña Elvira le arrebató Toro; a García lo despoja de Galicia; a Alfonso, de León; y sitia Zamora (1072) donde reina doña Urraca. Siendo inminente la caída de la ciudad —uno de los sitiadores es Ruy Díaz de Vivar— rompe el cerco el zamorano Bellido Dolfos, al asesinar a Sancho.

Sobre este episodio, tan rico en posibilidades literarias, Tomás Segovia erige una tragedia, escrita en verso blanco. El destino, presenta sus dos caras: por un lado, rígido e inexorable, se verificará con toda puntualidad. Por otro, no será sino un cambio constante de nombres, la meta, el cumplimiento de un desarrollo vital. Todo hará ver en la suerte del grupo de conjurados que intentan, al matar a Sancho, liberar Zamora, que la consecuencia lógica de un modo de vivir, no sólo capacita para la muerte, sino para la libre aceptación del destino. Crean en tal forma en sus acciones, que no pueden dejar de cometerlas. Sus proyectos magnificadas se arrojan bajo la grandeza, falsa o verdadera, de sus fines últimos, que aunque múltiples, se entrecruzan y funden en el fatalismo de su condición humana. Los personajes —con todo, muy matizados, desnudos de intención tipificadora— se ven arrastrados por su propia voluntad, aunque paradójicamente sean incapaces de obrar de distinta manera.

Vermudo el estrellero, al concebir los astros como una conjunción de existencias, se afirma en una predestinación astrológica, de vasto simbolismo: "porque los astros fijan nuestra historia; los astros son la trama tejida con los hilos de todas nuestras vidas"; por eso en él se cumplen el inicio y el desenlace; por eso, por su fe racionalizada, amañada, sobrevivirá a sus compañeros, entregados totalmente a la renuncia y a la aceptación de su libre albedrío. Para él, la devoción a un valor supremo excluye o hace innecesaria la realización de los demás: "La Verdad importa más que nuestras vidas y que la honestidad de nuestras vidas". Elvira, su sobrina, es la presencia de los sentimientos, en la acepción más física, en